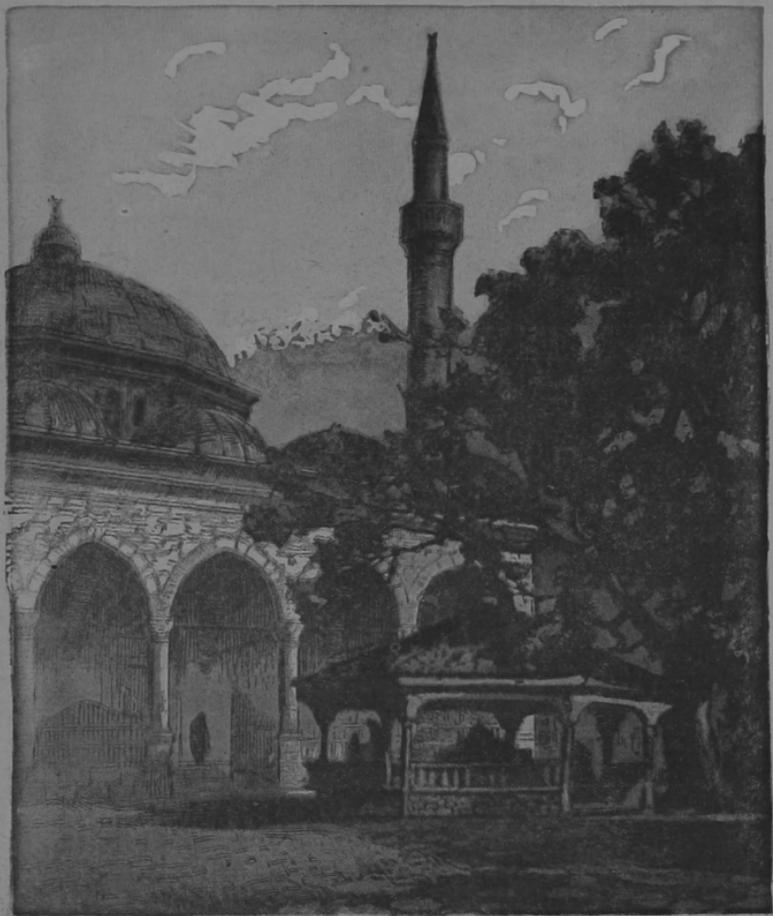


LA TRIBUNA

Suplemento Fotográfico

LUNES 22 DE JULIO DE 1929



Un minarete en Macedonia.

Cuadro de P. R. Morozoff, Sofía.

DIEZ AÑOS de PAZ

Por el Conde Carlo Sforza

Ex-Ministro de Relaciones Exteriores de Italia, y Embajador en Francia.

DIEZ años después de firmado el tratado de Versalles, que creó varias nuevas entidades políticas en el mapa del Viejo Continente, puede hacerse el balance de las transformaciones sufridas por las regiones más afectadas, o sea, Checo-Eslovaquia, Yugoslavia y Rumania, en la Europa Central, y Finlandia, Estonia, Latvia y Lituania en los márgenes del mar Báltico.

Diez años, es cierto, no han bastado para devolver una completa normalidad a los antiguos conglomerados, ni para apaciguar los odios y las suspicacias de las grandes potencias, pero en cambio las naciones surgidas a la vida internacional en 1919, como Checo-Eslovaquia, Polonia y Yugoslavia, sin olvidar los estados bálticos ya mencionados, han demostrado sus tendencias y capacidades, tanto en el orden econó-

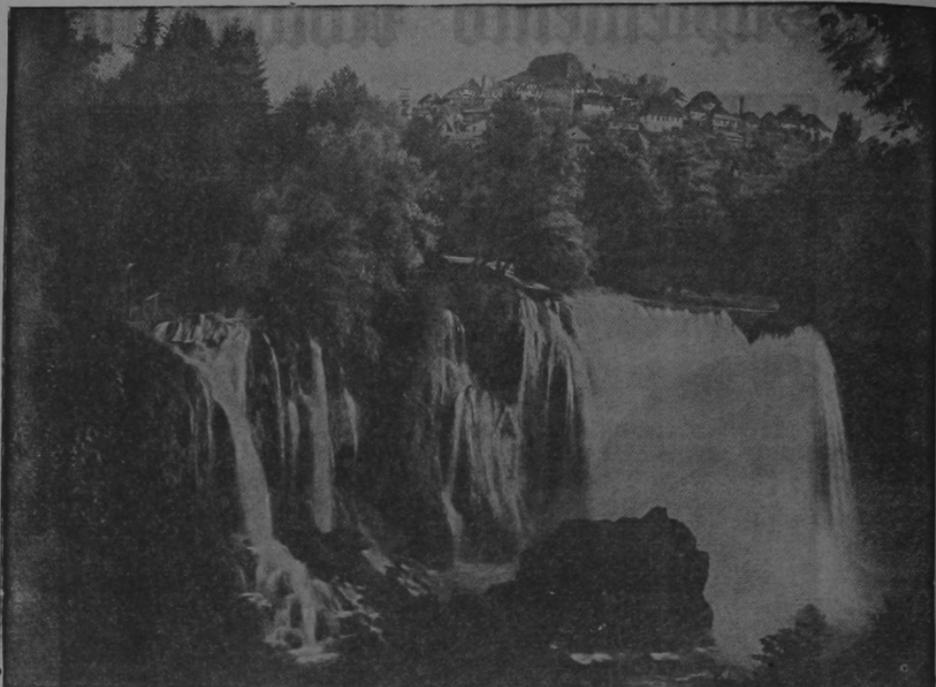
mico como en el orden moral.

La orientación de Europa, que a pesar de sus altibajos continúa siendo el emporio cultural del planeta, puede leerse con más facilidad en esos nuevos estados, que en los países de tradiciones arraigadas, donde se dificulta cualquiera evolución básica.

Los nuevos estados de la Europa Central nacieron del derrumbamiento del imperio austro-húngaro, mientras

los repúblicas del Báltico surgieron de la disgregación del imperio ruso. Ambos grupos merecen estudiarse separadamente, pues sus evoluciones, aunque paralelas, difieren notablemente.

Las hondas divisiones raciales y políticas, que complican la vida de las nuevas entidades, originan de la tradicional política de la dinastía Hapsburg, cuyo imperial lema, "Divide et impera," basado en diez siglos de éxito



Las cataratas del río Vrabas, con la ciudad de Jajce en lontananza.

Reproducido de "Jugoslavina pintoresca."

Derechos registrados por Ernst Wasmuth, A.G., Berlín.

en subyugar a 50,000,000 de seres, mantuvo vivas las dimensiones interesantes entre los grupos heterogéneos que componían la monarquía, para conservar su propia preponderancia y hegemonía.

La división de las razas sometidas, cuidadosamente fomentada por las autoridades imperiales, fué el programa político tradicional de Austria, que no sólo amenazó constantemente a los croatas contra los húngaros, y a los serbios contra los magyares, sino que tejó intrigas y creó diferencias entre las naciones balcánicas vecinas, para mantenerlas en estado de perpétua agitación, e impedir así el establecimiento de una paz, que pudiera poner en peligro a la monarquía dual, al encontrar los numerosos emigrados políticos, que conspiraban abiertamente por el derrocamiento de los Hapsburgos, ayuda y apoyo cerca de sus fronteras.

Comenzando por Checo-Eslovaquia, se descubre un sorprendente caso de fusión de dos razas que han conservado su carácter propio, su idioma y sus instituciones. Los eslovacos son fanáticamente independientes, y a pesar de hallarse libres de la dominación húngara que durante siglos agarró su vida nacional, continuaron hablando su lengua propia, y se consideran culturalmente superiores a los checos, a quienes no perdonan el poseser en su territorio a Praga, capital de la república que económica e industrialmente ha hecho mayores progresos desde la paz de Versalles.

El progreso de Checo-Eslovaquia ha sido posible mediante la mutua tolerancia de los dos grandes grupos raciales que resolvieron unir sus destinos, y allí donde Hungría dominaba, con férrea mano, persiguiendo encarnizadamente la enseñanza del idioma eslovaco, tenemos hoy tres mil escuelas primarias donde la enseñanza del idioma eslovaco es obligatorio, fuera de cuarenta escue-

las superiores y una Universidad.

Las dificultades intestinas de Jugoslavina son más graves, pues tal como lo indica su título oficial, "Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos" se amalgamaron allí razas y religiones diversas. Los serbios son orientales y ortodoxos, mientras los eslovenos y croatas son occidentales y católicos.

Desde los primeros días de su unión, los croatas han acusado a los serbios de intentar reducirlos a un estado de esclavitud política, sin tomar en consideración que gracias a su secular contacto con Roma, Venecia, y Viena, los croatas adquirieron una cultura superior, que a sus ojos los hace acreedores a una paridad absoluta en el manejo político de la nación.

Pero los serbios, orgullosos de sus hazañas militares, cierran voluntariamente los ojos a sus deficiencias culturales y admiendo a regaña dientes la existencia de la Jugoslavina de hoy y su imprevista extensión, previenen de la eterna lucha sostenida contra la dominación extranjera por los patriotas serbios, y su tenaz resistencia a las ambiciones y apetitos de Turquía y Austria.

El décimo aniversario de la paz presenció un cambio radical en Rumania, donde los antiguos amos políticos del reino, opuestos a todo cambio que implicara una disminución en sus prerrogativas ancestrales, se ven obligados a ceder el campo a la facción de Transilvania, encabezada por Maniu, que ha luchado obstinadamente por conservar su carácter y su cultura, demasiado avanzados para el resto del país.

La resolución del Consejo de Regencia de Rumania, de efectuar una revolución pacífica, pues tal entraña el acceso al poder del partido agrario,

concentra las miradas de todas las cancillerías sobre Bucarest, ya que el ensayo de imponer normas de cultura occidental a una monarquía feudal como lo ha sido Rumania, nunca se ha presenciado antes sin una dictadura.

Salvo en Polonia, donde bajo apariencias republicanas, existe en realidad la dictadura de Pilsudski, y en Serbia, donde los acontecimientos han obligado al rey a asumir una postura que no compagina con sus antecedentes ni inclinaciones, la forma republicana democrática predomina realmente, en los demás estados, cuya política exterior sigue rumbos paralelos, y tan marcados, que provocan en el observador imparcial, una sensación bien definida de seguridad, muy superior a la que existe antes de la guerra.

Para los hombres de edad madura, acostumbrados a ver desde los bancos de la escuela el antiguo mapa de Europa, cuyo centro cubrían dos vastos imperios, el kaleidoscópico conglomerado que hoy cubre el continente tiene todos los caracteres de una anarquía absoluta, mas si se consideran los hechos bajo su perspectiva histórica, se comprenderá la falacia de tal aserto, pues la Europa de 1914, no contaba más de medio siglo, mientras Polonia existió como nación independiente durante 800 años, y Bohemia poco más de siete siglos.

El Austria de 1914 carente de nacionalismo sólo pudo subsistir a costa de veles y divisiones, formando un mosaico artificial, destinado a asegurar las fortunas de un puñado de palaciegos y de caudillos militares.

Los tratados de paz, y la subdivisión de Europa, han quizás creado nuevos odios, y provocado también resentimientos, más el hecho sobresaliente ante el cual debe inclinarse la opinión mundial, es que donde se erguía la momia de Austria, carente de vida y de significado, bullen naciones nuevas, jóvenes

y vigorosas, que durante muchos siglos tuvieron marcada influencia en el desarrollo cultural de Europa. Surgidas a la vida independiente, cometen quizás errores de criterio, tal como ocurre a diario en las naciones más poderosas, Francia, Inglaterra, Alemania o Italia, pero cada una posee misión especial, y una voz en el concierto europeo.

Durante los primeros años después del conflicto, la atención universal cesará de ocuparse de los pequeños estados, más al cumplirse la primera década de vida independiente, puede verseles desplegar una vitalidad inesperada, que ni los más rosados optimismos pudieron jamás hacer prever.

La no-enteladura geográfica de esos países ha sufrido rudos cambios. Nadie reconocerá en Kaunas, la ciudad de Korno, capital de Lituania; el puerto de Memel ha sido bautizado con el pintoresco nombre de Klaipeda. La antigua ciudad de Reval, capital de Estonia, es hoy Tallinn.

¿Se unirán algún día los estados bálticos en una confederación política?

Todo tiende a tal solución, más la amalgama se efectuará lentamente, pues cada cual desea saborear plenamente por ahora las delicias de una independencia, por la cual suspiraron muchos años. Sólo después de haber perfeccionado su personería, se desarrollará en cada una de las nuevas entidades la conciencia y el deseo de forjar una fuerte nacionalidad, que aporte elementos de estabilidad, sin destruir las características individuales de cada cual.

Reproducen en suma en pequeña escala, las mismas dificultades y disensiones que marcan la vida de otras naciones europeas. Pero algún día, escapando de sus rencillas y querrelas, estas dispersos elementos heterogéneos, formarán al congregarse, las más sólidas columnas de la Europa de mañana.

Jorge V ante la Posteridad

Frank O. Salisbury, el célebre pintor de testas coronadas, ha grabado en numerosos lienzos la real silueta del rey de Inglaterra, tal como pasará a ser conocido por las generaciones venideras.

Por M. Vaughan

Londres.

EN la prolífica obra del famoso pintor Frank O. Salisbury, escogido por la casa real de Windsor para fijar en admirables cuadros sus figuras, tal como desean ser conocidos sus miembros por la posteridad, sobresale un notable cuadro, al cual acaba de poner los toques finales tras muchos meses de trabajo, y que representa la ceremonia de la consagración de los caballeros de la Orden del Baño. El vasto lienzo, exhibido en las galerías Anderson de Londres, posee al decir de los críticos, todas las características de una obra maestra, no sólo por la armonía y majestad de la escena, sino por la fiel semejanza de los protagonistas.

La historia de "La ofrenda del Rey," pues tal es el título del cuadro, presenta algunas notas interesantes sobre la personalidad de Jorge V, monarca cuyo tacto y virtudes han comenzado ya a ser apreciadas por el mundo entero.

Según relata el pintor en sus memorias, aparecidas casi simultáneamente con la exhibición al público de su obra maestra, era imposible esperar terminar el esbozo de la ceremonia destinada a grabar en el lienzo los principales personajes de la corte de Inglaterra, en el espacio relativamente corto, destinado al efecto, y el artista, armado de lápiz y papel, se ciñó a esbozar a grandes rasgos el conjunto. Más tarde, le fueron enviadas a su estudio los trajes de ceremonia revestidos por cada personaje, que lucieron en la postura necesaria unos modelos contratados al efecto.

Terminados los cuerpos, los verdaderos protagonistas destilaron en sucesión ante el artista, que obtuvo así una semejanza vivida para la histórica escena, que por vez primera se ofreció ante las miradas de un hombre capaz de fijarlas para la posteridad en forma adecuada.

Completado el enorme cuadro, donde cada personaje aparece de cuerpo entero, solo faltaba la figura del rey, y llegado el día fijado para la primera sesión, dió la casualidad de que el monarca había tenido una mañana muy agitada, pero en vez de aprovechar la oportunidad, para descansar muellemente en el sillón destinado al efecto, Jorge V cruzó el estudio con paso activo, revelando marcado interés por examinar de cerca el cuadro ya famoso.

En el instante que siguió, no oyó de pronto su risa cordial.

— ¡Mi espada! — exclamó jovialmente. — ¡Me habéis representado con una espada de almirante, y luzeo uniforme de mariscal de campo!

— Pareció complacerse en su hallazgo; añadiendo luego:

— ¡Puesto a que no creísteis que lo notaría?

Luego siguió estudiando minuciosamente los más pequeños detalles del cuadro, observando cada personaje bajo diversos ángulos.

— ¡Admirable, admirable! — se le oyó murmurar repetidas veces. En dos o tres ocasiones observó:

— Este no está tan parecido. Si estuviera en vuestro lugar, repetiría la silueta.

Cuando después de varias sesiones, puso el artista el toque final a su re-

trato, lo encontró perfecto el rey, pero recordando el incidente de la espada, le prometió sonriendo enviarse su espada de almirante, para estar de acuerdo con la realidad. Al día siguiente, un mensajero real entregó al artista el arma, en cuya hoja encontró grabados los nombres de todas las navas a bordo de las cuales había navegado el rey, durante su vida.

En los ensayos de la ceremonia de la orden del Baño, encontró Salisbury que tres de los canónigos ocupaban sitios tan cercanos al rey, que impedían obtener una buena perspectiva del conjunto, en el cual había de destacarse el monarca como figura central. Solicitó el artista la ayuda del Arzobispo de Westminster, para que se contentaran los intrusos con colocarse a un metro atrás del soberano, de manera a no impedir sus observaciones en la verdadera ceremonia, pero olvidando lo convenido, volvieron en las andadas, y no tuvo más remedio el pintor que intervenir personalmente, ordenándoles alejarse un poco de la persona del rey.

Algunas semanas más tarde, contaba uno de los canónigos con toda gravedad a sus colegas, que durante la ceremonia de la instalación de la orden del Baño, uno de los agentes de Stotland Yard, obedeciendo sin duda órdenes superiores, se había internado cada vez que se acercaban demasiado al rey, confundiendo así al célebre artista con un detective.

— Casi todos pensamos que los príncipes y reyes llevan una vida de holganza, — declara el artista en sus memorias, — más por experiencia puedo afirmar que ocupar un trono no im-

plica en manera alguna gozar de t privilegio.

Recuerdo que durante la guerra recibí cierta vez el encargo de ejecutar un retrato de Su Majestad, citándose para las doce del día. Me presenté desde las once, haciendo antes en una estancia que dominaba un vasto patio del palacio, y durante una observé lo que acontecía fuera, bien al rey condecorando centenares de soldados, cambiando algunas palabras con cada uno, y estrechándoles la mano tan evidente cordialidad, que los tímidos de los jóvenes héroes perdidos al punto su cordialidad. Desde entonces había repetido el rey los mismos gestos, sin cansarse, ni demostrar fastidio.

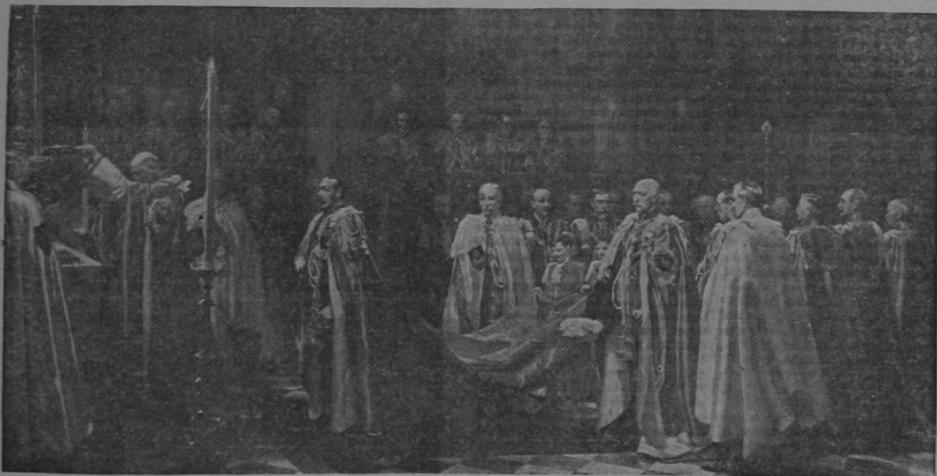
Cuando llegó al fin el momento de ir a mi audiencia, tomé asiento soberano sin manifestar contrariedad a pesar del cansancio y de la tensión nerviosa que implican las sesiones a un pintor, y terminada la primer entrevista se levantó, diciéndome amablemente:

— Tendrá que excusarme por haber estado distraído, pues comprendo que no he prestado la atención necesaria a nuestro éxito.

En ese ocasión no había tenido el rey ni un día de descanso en cinco años, lo cual no es realmente una vida ideal ni para un simple mortal, mucho menos para el monarca del primer imperio de la tierra.

Recuerdo otro episodio ocurrido al querer pintar la boda de la princesa María, en cuyo cuadro, debía naturalmente figurar el rey, en uniforme de mariscal de campo.

(Pasa a la sexta página.)



Cortesía de las Galerías Anderson.

"La Ofrenda del Rey."—La obra maestra del notable pintor inglés Salisbury, reproducida aquí por vez primera.

En la fila posterior, de pie, de izquierda a derecha están Lord Standfordham, Lord Beatty, Lord Reading, Sir Reginald Wingate, Lord Muir-McKensie, General Ian Hamilton, Lord Esher, Sir George Murray, Sir West Ridgeway. Al frente, el canónigo Carnegie, el Arzobispo de Westminster, Lord D'Abernon, el Rey, Lord Tavan, General Fielding, Mariscal Trenchard, Sir Warren Fisher, Sir Maurice Hankey, Almirante Madden, Lord Ulivaster, Duque de Connaught, Lord Webster Wynnis, Almirante Stapleton Cotton, Lord Broadbury, Lord Jellicoe, Sir Llewellyn Smith, Lord Altham, y Lord Kresh.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional Miguel Alemán. Fue depositado en el Archivo General del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Olvidando el materialismo del siglo, el ansia
de volar impulsa al hombre a
sublimes audacias.

LA EPOPEYA

Por Manuel...

UN día lluvioso de Otoño de 1906, en el campo de tiro de Issy-les-Moulineaux, cerca de

París. Un pequeño grupo de curiosos, deportistas y fotógrafos, chapucando en el lodo, busca refugio a la intemperie bajo una extraña construcción improvisada, remedando una granja, en cuyo fondo se hospeda un frágil aparato. Sólo el prestigio del nombre del inventor logró que los concurrentes abandonaran sus quehaceres para dirigirse bajo la lluvia torrencial tan lejos de París, pero a simple vista puede leerse en sus semblantes el escepticismo con que acogen sus pretensiones.

El causante de tan insólita reunión es pequeño, de tez cetrina, casi insignificante. Su acento meridional traiciona su origen extranjero, mas la parquedad del gesto contradice la exhiberancia esperada por quien sólo de nombre le conoce.

Los mecánicos atareados dan los postreros toques al tosco aparato de tela y hierro que remeda penosamente una libélula a la cual sirvieran de soporte unas burdas ruedas de bicicleta. El inventor va y viene vigilando los preparativos, y bajo su mirada, se vierten en el motor unos cuantos litros de petróleo, antes de que los vigorosos brazos de unos artilleros de la vecina guarnición, se presten bondadosamente a hacer rodar la extraña armazón fuera de su refugio, temiendo verla quedar pegada en el barro que cubre la pradera.

Quienes siguen de cerca la escena, ven la figurita morena introducirse sin ruido en el cuerpo del insecto de metal y poner en marcha el débil motor, cuyo zumbido irregular parece al principio querer borrar sus esfuerzos, mas tras breve espera, comienza la hélice a funcionar, y atraída por su rotación, avanza la máquina, lentamente al principio, hasta que la velocidad de la marcha arranca del fango su parte posterior.

La lluvia que azota a los observadores dificulta seguir con claridad el orden de los sucesos, pero ya lejos, a través de la bruma que pudiere a tal distancia contribuir a crear una ilusión, creen ver la frágil silueta separarse del suelo, y volar horizontalmente, a corta altura, cual avecilla insegura de sus alas.

La libélula avanza, con un leve cabeceo, y dudando aún de lo entrevisto, el puñado de curiosos se precipita a examinar las huellas en el fango y ver de cerca la maravillosa máquina objeto de sus primitivos escepticismos.

Esta se ha detenido en una extremidad del campo de maniobras, y el inventor impávido, recibe las felicitaciones con la misma indiferencia, con que antes oyera las mofas. El brasileño Santos Dumont, gloria de Nuestra América, había volado al fin por vez primera en un aparato más pesado que el aire, cubriendo la distancia de doscientos diez metros, hazaña increíble hace escasamente veintitres años.

Una noche de Mayo, de 1927.

En el cielo de París, donde ha de llegar todo lo grande para obtener el esplendor de la consagración universal, espera una muchedumbre ansiosa ver aparecer un nuevo astro cuya llegada anuncia la desaparición definitiva de la gran frontera de los océanos.

Alto, muy alto, perdido en las tinieblas, un caballero alado, símbolo audaz de la nueva juventud, busca el luminoso faro de la torre Eiffel para guiar sus alas hacia la Ciudad Luz, después de

haber salvado en una trayectoria de audacia y acierto insuperados, los peligros del Atlántico.

París se agita, presa de una angustiosa incertidumbre ante los contradictorios informes recibidos al paso del viajero, y cien mil pares de ojos vueltos hacia el vacío, escudriñan la sombra, murmurando un simple nombre de dos sílabas, desconocido hasta ayer, y que mañana habrá de rodar por el mundo entero, provocando en los más lejanos rincones del planeta un escalofrío de emoción.

El agitado murmullo que escapa de mil bocas, del rumor de las sirenas y del resoplar de los motores, se plasma de pronto en una intensa expectativa. Sobre el negro brumoso del horizonte se ha dibujado una tímida lucecilla, que parece girar cual luciérnaga antes de posarse en la meta.

Vibra segundos después el zumbido de la hélice, y antes de que los asombrados espectadores puedan realizar el significado del maravilloso espectáculo, el mensajero de otro mundo ha descendido, con calma y precisión, tocando la tierra de Francia.

La avalancha humana rompe los diques y arrolla a los desparovidos guardianes que quieren poner valla al entusiasmo. Un formidable oleaje, más peligroso que el océano, amenaza ahogar al aviador que escapa casi a hurtadillas, para amanecer alampado al siguiente día, como nunca lo ha sido caudillo victorioso, ni genio alguna.

Es el triunfo del ala. El hombre, loco de angustia al despertar de la hecatombe de 1914, ahogado entre el materialismo y la duda, vuelve la vista al espacio, y llevado por la sublime ansiedad de ícaro, olvida sus ligaduras y aclama el ala libertadora, que lo redime y lo remonta al cielo.

El parentesis de Santos Dumont a Lindbergh, dos nombres símbolos que por extraña coincidencia recibieron su consagración definitiva en París, abarca una extraordinaria pléyade de nombres gloriosos y casi olvidados, que forman en realidad una sólida cadena en la cual todas las razas y todos los países han forjado un eslabón.

Allí Norte América, con los hermanos Wright y Langley, que casi al mismo tiempo que Santos Dumont logran volar provocando tanto escepticismo en su propio país, que tienen que ofrecer su invento de puerta en puerta, en toda Europa, encontrando al fin acogida en Francia.

Allí Inglaterra, con sus precursora, Latham y Sopwith; Francia, con Blériot, Garros y Veirines; Alemania con sus incomparables caballeros alados que durante la guerra ejecutaron hazañas dignas de una canción de gesta.

La guerra mundial hace adelantar la aviación a pasos tan agigantados, que terminado el conflicto, se efectúan las épicas hazañas de Franco y de Pinedo, llevando a tierras de América el saludo de las madres Latinas del Mediterráneo. Los vuelos a larga distancia ya no se cuentan. Donde hace pocos años eran necesarios mesa e incómodos peligros, pone el ala al alcance del genio humano la mágica carpeta de Aladino, para transportarse a voluntad olvidando las contrariedades terrenas.

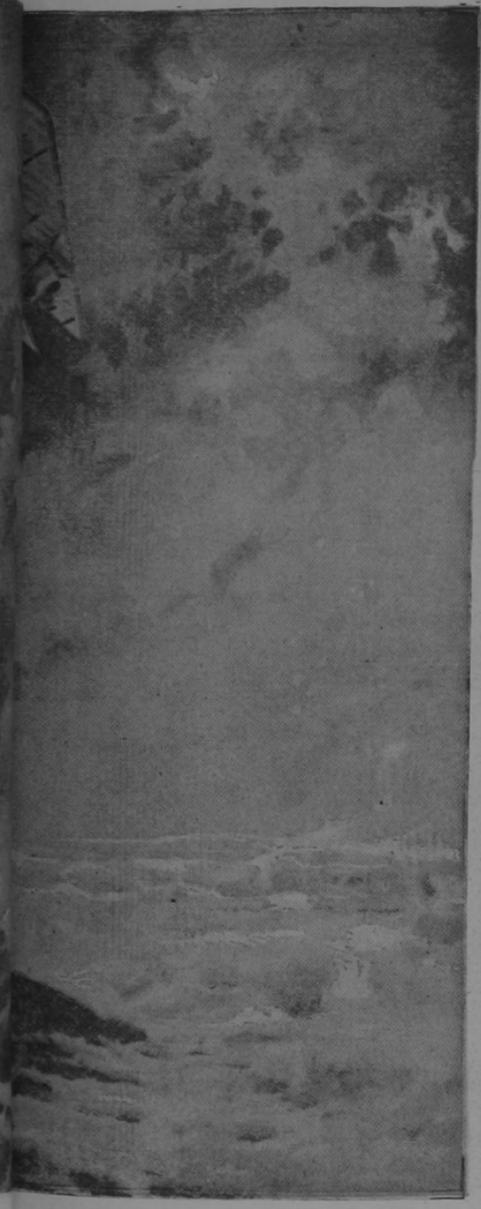
Sir Alan Cobham va de Londres a Australia, y da más tarde la vuelta del Continente Negro sin tropiezo mientras franceses, españoles e italianos, se lanzan en amistosa competencia, abriendo nuevas rutas hacia el Oriente, y llegando de París a Pekín en seis días.



Cuadro de Juan McGilchrist.

DEL ALA

Por J. Jruuela



Algunos precursores que sobreviven aún,
contemplan asombrados el magnífico desarrollo de sus geniales teorías

Haciendo gala de loca audacia, el irlandés Hawker, salta el Atlántico, de Terranova a Irlanda en un aparato malamente equipado y su hazaña es seguida por la vuelta al mundo de una escuadrilla norteamericana, que de etapa en etapa, vuelve al punto de partida demostrando las posibilidades del establecimiento de rutas comerciales a larga distancia, volando bajo diversas condiciones atmosféricas.

Fuera de las hazañas realizadas sobre tierra firme, descuella el soberbio vuelo del avión australiano, Cruz del Sur, que tripulado por cuatro hombres, cruza de Estados Unidos a Australia, volando sobre regiones del Pacífico donde jamás se había aventurado aparato alguno.

Tan resonantes éxitos, se conquistaron a costa de numerosas víctimas, desaparecidas sin que se volviera jamás a tener el menor indicio del sitio donde cayeran en el océano. En el afán de conquistar la gloria de ser los primeros en volar de Europa a América, pierden la vida después de Nungesser y Coli un puñado de audaces seres de ambos sexos, hasta lograr el triunfo los tres argonautas del avión alemán Bremen.

La aviación revoluciona el mundo, y tal como designan los historiadores las épocas preritas por su descubrimiento más maravilloso, *marándose* la edad del piedra, la edad del hierro y la edad del cobre, así las generaciones venideras, al pensar en el derroche de ingenio y de heroísmo necesarios para la conquista del aire, y leer el relato del idealismo aéreo de nuestro siglo XX, lo designarán con el nombre de la edad del ala.

Volar crea, involuntaria o forzosamente, una nueva psicología y un nuevo punto de vista, desconocidos de todo aquel que no se haya embriagado en las delicias de hendir el espacio, contemplando los detalles del terreno con el desprendimiento supremo de la altura. Tal como durante la ausencia se olvidan las rencillas y las querellas de los humanos, el hombre, lanzado en las nubes ve borrarse los detalles de la tierra, y confiado en la aparente seguridad con que las enormes máquinas hieden los aires, llega a aceptar como privilegio natural el derecho de volar, conquistado con múltiples sacrificios.

La aviación, merced al esfuerzo conjunto de hombres de cien razas diversas, ha llegado a adquirir las características de una ciencia exacta en la cuspis empero en forma vital, el elemento humano. Noche y día, en las selvas del Amazonas al igual que sobre los desiertos siberianos, cruzan ruidosamente los aviones con su preciosa carga, confiando sus destinos a pilotos anónimos de distintas naciones, hermanados en idéntico heroísmo.

Aunque sus usos belicos y comerciales debieran quitarle a la aviación su romántica aureola, no ha sido posible acostumbrarse aún a ver con indiferencia el espectáculo de las bellas naves maniobrando con fácil gracia, y ejecutando complicadas evoluciones sin esfuerzo aparente. La admiración sentida ayer por el matachín o el bucanero, se eleva hoy hacia el aviador, y haciendo brotar inesperadamente la emoción del supremo triunfo de la máquina, adquiere aquel relieve heroico, ante los cuales harían triste figura los floridos penachos de Don Juan Tenorio o del Cid Campeador.

Pocas regiones se prestan al desarrollo rápido de la navegación aérea como la América Nuestra. La falta

casí absoluta de vías de comunicación terrestre, y las enormes distancias infranqueables, hacen que la aviación se presente en realidad como la natural solución del problema responsable por la honda división, y el alejamiento mutuo en que han vivido su vida independiente las repúblicas ibero-americanas.

Se nota hoy, de Chile a México, el despertar de una gran ansiedad popular, cifrando sus ensueños y sus deseos en la conquista del aire, en la extensión de rutas aéreas que hayan de afirmar en forma rotunda nuestra vitalidad. La unión continental, imposible mientras se esperan el trazo de ferrocarriles y carreteras que nunca llegaron, quizás se realice, cuando el aire, que no reconoce fronteras, sirva al libre paso del ala, de la Patagonia al Rio Grande.

Colombia se ve ya cruzada por varias vías aéreas, enlazadas con la vecina república del Ecuador. Perú avanza a marchas forzadas, irradiando sus líneas, tratando de utilizar la riqueza del Amazonas para llegar al Atlántico en cuatro días. Brazil, Argentina, Chile, Cuba, establecen servicios regulares, mientras Guatemala y México experimentan con correos aéreos, y el mar de las Antillas se ve enlazado con el continente, gracias al diario vuelo de las aeromotas que franqueando el golfo, trazan su trayectoria sobre la América Central hasta llegar a Panamá.

El aire, está llamado a ser el camino ideal para nuestro verdadero acercamiento, pues dado su carácter mismo, libre de valladares obstaculizadores y de artificiales restricciones, servirá al libre juego de las iniciativas particulares y nacionales, cooperando en la creación de líneas en cuyo éxito se cifrará el legítimo orgullo de cada país interesado en que las alas de sus aviones crucen los mares, proyectando su sombra sobre remotas parajes sin errores ni vacilaciones.

La fraternal competencia redundará en bienestar general, abaratando transportes, permitiendo el fácil intercambio cultural y comercial, y difundiendo en regiones distanciadas hasta ahora por el infranqueable obstáculo de las dificultades naturales, los ideales y las aspiraciones de cada pueblo del Nuevo Continente.

El ala, concebida por el cerebro genial de un ibero-americano, vuelve hoy hacia las selvas patrias, listas a declararse vencidas ante el paso de la máquina potente en cuyos flancos rumberos pasarán los viajeros, contentados asombrados los insepchados tesoros derramados a manos llenas en América por la Naturaleza.

El ala es por lo tanto no sólo un símbolo, sino una esperanza y un argumento. Esperanza positiva de que sabremos utilizar las enseñanzas pasadas y remontarnos más allá de las miserables rencillas que nos han dividido, impidiendo nuestro paso en la ruta del progreso. Y formidable argumento en pro de un reajuste en nuestra organización social.

La epopeya del ala, es algo más que una esplendorosa trayectoria de Santos-Dumont a Lindbergh. Es también la milagrosa internacionalización del pensamiento y de la emoción, la creación de un sentimiento de verdadera afinidad entre todas las razas, al contemplar la hazaña de un vencedor de la muerte. La victoria, en suma, del genio humano, y su liberación de las cadenas que durante cien siglos lo sujetaron a su prisión terrestre.

El guarda-ropa de un personaje real se compone de gran número de trajes y uniformes, que requieren la constante atención de varios ayudantes de cámara, y al calcularse el número de cambios de indumentaria requeridos diariamente de cada individuo, se comprenderá que desean limitar las operaciones al minimum indispensable.

Ante tal obstáculo me vi obligado a posponer la prometida sesión hasta la apertura del Parlamento, día en que el soberano tenía forzamente que vestirse el uniforme convenido, matando así dos pájaros con la misma piedra.

El príncipe de Gales es también un personaje muy ocupado, y recuerdo lo ocurrido cierto día en que me había dado audiencia para las cinco de la tarde. Esa mañana, había pasado el príncipe toda la mañana en automóvil, inaugurando varios monumentos, y en la tarde, sin tener tiempo para almorzar, se dirigió a Aldershot, a pasar revista de varios regimientos. A las cinco en punto, llegaba a la puerta de mi estudio, algo cansado, pero resuelto a cumplir con su programa; mientras procedía yo con mis pinceladas, sacó de la faldriquera el texto de un discurso que debía pronunciar momentos más tarde, en una cena dada al Lord Mayor de Londres.

Frank O. Salisbury considera que la pompa de las ceremonias cortesanas posee un innegable valor espiritual, cuya belleza crea un lazo entre el gobernante y los gobernados, pues procura una impresión real y visible de la autoridad, siendo por lo tanto un apoyo moral para el desarrollo del buen gobierno.

Puede traerse a la memoria, que al llegar al poder el gobierno laborista encabezado por Ramsay MacDonald, furibundo opositor de la pompa desplegada por la corona en sus exhibiciones públicas, varió totalmente de opinión, aseverando a su vez que de ninguna manera debía pensar en suprimirse, pues lejos de ser una exhibición superficial, formaba en realidad una tangible representación dramática de un sentimiento espiritual.

Los cuadros de Salisbury reflejan admirablemente el simbolismo de la majestad, sin hacer uso de los costosos ornamentos empleados por los artistas del Renacimiento, y sus personajes viven por eso una doble vida; además de su realismo, llevan en el semblante la aureola de algo impalpable, inherente a tradiciones viejas de muchos siglos.

Otro de sus cuadros más famosos, "El entierro del Soldado Desconocido," infunde un honda impresión de tristeza. Se ve en él al Rey, acompañado de sus hijos, inclinado reverentemente ante el feretro conteniendo los restos de un héroe anónimo, transportado de los campos de Francia para descansar bajo la cúpula de la abadía de Westminster en medio de todos los grandes hombres de Inglaterra. Para las generaciones venideras, Jorge V, respetuosamente inclinado ante los desposos del más humilde de sus súbditos, será la personificación de la enorme tristeza que agobió al mundo, al verse desaparecer la flor de su juventud, en una lucha cruenta.

Ninguno de los numerosos cuadros en que el pintor ha representado al soberano, reane a los ojos de los observadores, las cualidades de "La Ofrenda del Rey," donde su figura simboliza realmente en forma definitiva la dignidad real.

Los rojos mantos de los caballeros de la Orden del Baño, arden con vividos colores bajo las sombras de la capilla vetusta, contemporánea de En-

Las ideas del siglo

Por Manuel Ugarte

Las sociedades no son una cosa estancada y perenne que subsiste y se prolonga sin transición a través de los tiempos. Son, por el contrario, un organismo movable, en perpetua evolución, en perpetua gestación de vida. ¿Cómo hemos de pretender que una agrupación de hombres se modifique en una forma determinada, cuando y hasta los continentes se ven transformados y revueltos por modificaciones y conmociones, si todo cuanto existe sobre el planeta, hasta el planeta mismo, es una reunión de átomos que se transforman sin tregua; si sólo hay vida a condición de que haya movimiento, ¿cómo hemos de pretender que los hombres, que son los reyes del universo, los productos más vivientes, por así decirlo, de su vida, deban permanecer inmóviles en medio de la general renovación, atados a las fórmulas de sus antepasados y condenados a volver a vivir y a seguir viviendo eternamente lo que ya vivieron otros?

La ley que condenara a la especie a una inacción, a esa muerte espiritual sería una ley injusta entre todas.

Pero esa ley no existe.

Mil y mil pruebas nos da la historia de que las sociedades se transforman sin descanso. Consideremos el camino recorrido desde las primeras tribus salvajes y nomadas que se arrastraron sobre la tierra, hasta los hombres de hoy. El feudalismo, la teocracia, la monarquía constitucional y la república, no son más que las etapas de un gran espíritu en marcha hacia la luz, que se va arrancando gradualmente grandes girones de animalidad, trabajando por el deseo de la perfección.

Pero ¿para qué recorrer el sumario de la historia?

Cada uno de esos momentos ha sido un estado transitorio que ha dado nacimiento a formas nuevas. Detrás de cada una de esas situaciones y por decirlo así, detrás de cada uno de esos gestos de la vida, se formaban o se acumulaban gestos inéditos que debían realizarse después. ¿Cómo suponer que hemos llegado a la meta? ¿Cómo afirmar que no existe ni puede existir nada más allá de lo que vemos? ¿Cómo pensar que no existe ni puede hallarse en la cúspide de la historia, una nueva tentada por descubrir, que somos perfectos y que toda nueva tentativa de mejoramiento es un sueño imposible? Con la misma lógica hubiéramos podido detener a la prole en cada una de las etapas que hemos indicado, con la misma argumentación hubiéramos podido negar el adelanto y el esfuerzo de veinte siglos.

En todas las épocas y en todas las regiones, han existido hombres tímidos o perezosos que se han declarado satisfechos del resultado obtenido. Han tratado de hacer su sanción la ley común, han pretendido marcar el límite de la audacia humana y han tratado de poner ante los muchedumbres una barrera de imposibles. Todos los que mentes fueron motejados los que bajo el feudalismo soñaban la monarquía constitucional, de dementes fueron acusados los que bajo la monarquía constitucional entreaban la república.

... Pero la humanidad trae en sus flancos tanta savia acumulada, tanto vigor invencible, que siempre ha rebasado por sobre los límites que pretendían imponerle y ha continuado, tenaz e imperturbable, su maravillosa ascensión. Si la ascensión hubiera concluido, estaríamos ya en las cumbres en que no existe el mal. Pero aún queda mucho por hacer.

La sociedad en que vivimos es esencialmente imperfecta. Y fuerza es empuñarla de nuevo el báculo, y reanudar la ascensión por los caminos oscuros y desiguales de la montaña abrupta en cuya cumbre luminosa creemos entrever la Justicia.

rique VII, y el tremolar de banderas y los contrastes de los escudos, impregnan en la atmósfera medieval reflejo.

El día que desgraciadamente desapareciera la pompa y la gracia de las ceremonias reales, sufriría el alma británica un golpe irreparable, que el mismo tiempo significaría una pérdida para el equilibrio espiritual del mundo.

Juan Montalvo

(Fragmento)

Por José Enrique Rodó

La lengua de Castilla se mira en el estilo de Montalvo como la madre amorosa en el hijo de sus entrañas. Nunca hubo gusto literario de más neto solar español, por lo que tiene y por lo que le falta, que el suyo. Llevó a su realización más definida y concreta las virtualidades y disposiciones características del instrumento verbal de la raza, que componen lo que llamamos el genio del idioma; sacando todo el partido posible de sus mayores ventajas y existencias, sin evitar ninguno de los escollos a que por espontánea propensión se tienden su curso, ni tender a supir ninguna de las deficiencias que, en determinados casos, limitan sus medios de expresión; de modo que aquella prosa acrisolada y magnífica es, para el genio del idioma, como una lente de aumento, a través de la cual se viene abultado su relieve, engrosado su tejido, puestas en claro sus desproporciones, o como una artificiosa alquitara, de donde surtiera, en espeso juego costafino su más concentrada quinta esencia. Allí comparecen y se desenvuelven hasta sus extremos, la firmeza de la línea, la energía del color, la elocuencia ardiente y pomposa, el elegante discreto, el castizo donaire; y junto a estas riquezas de la herencia común, manejadas habilísimamente, ningún esfuerzo dirige a probar la eficacia de la lengua para triunfos ajenos de su tradición: nada por aligerarla y afinarla: nada por infundirle el sentido de lo vago, de lo soñado, de lo íntimo; nada para ensanchar la aureola el núcleo luminoso de la palabra y la prolonga en efectos de música; nada, en fin, por poner en manos del idioma la varita mágica con que se penetra al mundo de las cosas aéreas y flotantes que hoy apetezcos más allá de la plena determinación de



Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel de Cervantes" de Madrid. No se permite su explotación económica ni su transformación en ninguna forma. Queda permitida la impresión en su totalidad o parcialmente.

Notas de París

Las nuevas siluetas no revelan cambios radicales en el conjunto



A la izquierda: Nuevo traje de casa por Worth, hecho de encaje color carne, y recamado de perlas. Arriba, tenemos dos bolsas presentadas por Isakoff de Paris. Una de moaré blanco bordado de plata y paja, y un modelo de tarde, de gamuza negra. El collar es de jade y safiro.

Nueva versión de la pajama, como traje de casa, presentada por Marie Noéville, de Paris, y que consiste en una combinación de seda crepín de la China rasa pálido, con la parte inferior morada lila. Los amplios pantalones caen dan la impresión de una falda.

YA para terminarse la estación invernal, costureros y clientes vuelven naturalmente la mirada hacia los oráculos de la moda, ansiando saber qué nuevos rumbos adoptará la fantástica deidad, al apuntar los primeros signos de la Primavera.

1928 confirmó nuestra suposición de que persistiría la silueta recta, a pesar de que de vez en cuando, algunos innovadores, como Doucet, Paquin y Boué Seurs intentaron dar amplitud al talle y a la falda. Inmigrantes femeninas curvas olvidadas desde hacía tiempo. A pesar de esos aislados esfuerzos, que no recibieron la esperada acogida, la línea recta prosiguió su invencible reinado, y es de creerse que prosiga su boga, durante los meses venideros.

Como de costumbre, el largo de la falda, preocupa en primer lugar a toda elegante, y aunque es cierto que la tendencia en recientes épocas ha sido hacia alargar un poco tal parte de la indumentaria, la diferencia no es muy notable, y quienes esperen presenciar el retorno de la falda al tobillo, se verán, mucho lo temo, engañadas en su afán, pues ni las costumbres, ni la creciente independencia de la mujer, justifican esperanza alguna al respecto.

Después de la falda, pasamos en orden de importancia a la discusión del talle, que hace un año se creía destinado a volver a su estado natural, pero debemos confesarlos ligeramente decepcionados ante los modelos corrientes, cuya vaguedad desorienta a la menos optimista.

No se nota en ellos caracter distintivo y fácil es predecir que los esfuerzos de los dibujantes, en los meses venideros, se encaminarán hacia una con-

cepción más definida del talle femenino, que adquirirá una firmeza de líneas desconocida.

El favor reinante por las pequeñas y accesorios de todas clases, amenaza convertirse en costumbre, pues sin querer abandonar completamente la sencillez de la línea, ni la brevedad del traje, el espíritu femenino parece complacerse en los mil y un detalles que imprimen a la toilette un chic personal, y distinguen a la simple vista, a la mujer elegante, de la que no lo es.

En cuanto a colores, el tema puede prestarse a largas discusiones, pues si las fantasías más exageradas y los tonos extremistas reinaron sin moderación alguna, parece insinuarse una corriente de discreción tendiente a restablecer la boga de los colores neutros. Tal ha podido verse en los primeros salones de la Primavera, pero los partidarios de los tonos vistosos defienden el terreno conquistado con renovado vi-

gor, y la batalla de colores, es uno de los más interesantes enigmas de la estación.

La popularidad de la chaquetilla no se discute ya, y todo hace creer en que se extenderá su uso hasta para algunas funciones a las cuales no se le destinó originalmente.

En cuanto al cabello largo, se ha hablado mucho de que la moda de las melnitas, pasaría al olvido, pero en incontables casos, las que comenzaron a dejarse crecer de nuevo el cabello, encontraron en él tantos inconvenientes, que volvieron a las andadas, y quien pasee por los bulevares, u observe el alioño de incontables parisienas en los grandes bailes de la estación, notará que la gran mayoría de las mujeres, persevera en la atrayente moda del cabello corto, que d' sin duda alguna, una impresión juvenil a la silueta, difícil de alcanzar con el cabello largo.

EL BUEN HUMOR DE LOS DEMÁS



ALDO
ADAMA

— ¡Pero de dónde vienes con esa cara?
— De enterar a mi negra.
— Pues, hermano, te acompaña en el restaurant.
— No, si no es por eso: es porque me ha dicho el sacerdote que nos encontraremos en el cielo.



Basil
Barnes



El guía.— Estas son las ruinas de un castillo de los primeros conquistadores.
El turista.— ¡Y por qué lo hicieron tan lejos de la estación!



EL.— ¿Qué dirías si yo te besara?
ELLA.— Nada. Yo no hablo cuando me están besando.

College Life, New York.



EL.— ¡Bien que te advertí que era un secreto!
ELLA.— Pero no me advertiste que no debía divulgarlo.

Gená qui Rient, París.



— Cuando me casé me hubieron comido a mi mujer de tanto que la quería.
— ¡Y ahora?
— Ahora siento no haberla hecho.

Ella.— Nos han dejado solos... ¡Tengo un miedo!...
El.— Yo también... Vamos al salón.



— ¡Caram!... Aun no hace tres días que me conoces y ya quieres sacar todo mi dinero.
— Perdón, señorita... Hace ya dos años que guardo mis ahorros en el Banco de su padre y si, por tanto, la cantidad que va usted a heredar.



EL MARIDO.— ¡Qué bien hice en comprar una plancha eléctrica!

Buen Humor, Madrid.

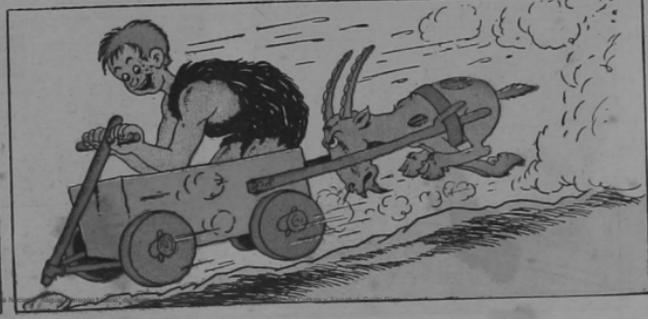
LA TRIBUNA

DIARIO DE LA MAÑANA.
SAN JOSE, COSTA RICA

TENORIOS MODERNISTAS







mi hermanito

